

ORÍGENES SECRETOS

DAVID GALÁN GALINDO

ALIANZA EDITORIAL

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© David Galán Galindo, 2020
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2020
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-9181-902-8
Depósito legal: M. 2.556-2020
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:
alianzaeditorial@anaya.es

A Lara Saori, David, Novalis y Fujur.

Hasta entonces había creído que todo libro hablaba de las cosas, humanas o divinas, que están fuera de los libros. De pronto comprendí que a menudo los libros hablan de libros, o sea que es casi como si hablasen entre sí. A la luz de esa reflexión, la biblioteca me pareció aún más inquietante. Así que era el ámbito de un largo y secular murmullo, de un diálogo imperceptible entre pergaminos, una cosa viva, un receptáculo de poderes que una mente humana era incapaz de dominar, un tesoro de secretos emanados de innumerables mentes, que habían sobrevivido a la muerte de quienes los habían producido, o de quienes los habían ido transmitiendo.

UMBERTO ECO
El nombre de la rosa

Introducción del autor a la presente edición

1. El caballo de Troya

Al Doctor Emmet Brown se le ocurrió la idea del Condensador de Fluzo (*Flux Capacitor*) tras golpearse la cabeza con el lavabo intentando colgar un reloj subido al váter. A mí se me ocurrió la idea de *Orígenes secretos* tras golpearme con algo más duro que un lavabo: la cruda realidad.

Y la cruda realidad es que los españoles no demandan historias de superhéroes hechas en España.

Ojalá leas esto mucho más tarde de cuando yo lo estoy escribiendo y estas palabras sean caducas. Ojalá no sepas de qué coño estoy hablando. Ojalá incluso este libro haya tenido algo que ver en ese cambio de mentalidad.

Pero lo cierto es que en 2014, cuando escribí esta historia, yo tenía esa convicción. Maldita sea, es hoy, en 2020, y sigo estando más seguro de eso que de que el sol saldrá mañana.

Sin embargo, en España nos encantan los superhéroes americanos. Los cómics más vendidos son de superhéroes. Muchos videojuegos también. Las series ni te cuento. Y abarrotamos las salas de cine para ver las pelis Marvel, DC o de cualquier menda con capa y/o superpoderes.

Es decir, no tenemos ningún problema con el género en sí, sino con su pedigrí. Si los superhéroes los hacemos nosotros, necesitamos (ne-ce-si-ta-mos) que sean parodias. Si es con la distancia de la comedia, si es para reírnos de ellos, entonces sí. Bienvenidos sean Superlópez, el Tío la Vara y quién haga falta para dejar claro que un tío que se pone un traje chillón y sale a combatir el crimen, nos parece ridículo. Si es de aquí.

Lo curioso es que esto sucede a la vez que España es respetada internacionalmente tanto por su cine de terror como por sus novelas negras. Somos una potencia mundial en historias de miedo y en idear tramas criminales. ¿Una historia llena de sangre y asesinatos que deje clara nuestra visión cínica del mundo? Eso sí nos creemos que pase en Hispania.

Y cuando llegué a esa conclusión, fue cuando resbalé de la taza, me golpeé contra el lavabo y tuve una visión.

Mi Condensador de Fluzo sería un *thriller*, una historia con un asesino en serie y *performances* macabras, y en él volcaría mi verdad, todas mis inquietudes sobre los superhéroes y reflexionaría sobre por qué nuestro carácter nos impide creer en ellos aquí.

No me preocupaba el éxito, pero sí llegar a cuantos más lectores desprevénidos posibles. En este caso, para mí, pillar por sorpresa a los lectores de novela negra tradicional era más importante que llegar a un gran público. Es más valioso convencer que vencer.

Así ideé un caballo de Troya en el que el equino de madera sería la novela negra, y los aqueos escondidos dentro con intenciones homicidas, serían la teoría superheroica. Todas las reflexiones sobre el género y todas las referencias al noveno arte (y otros artes adyacentes) que maneja Jorge Elías serían las picas con las que cargan esos griegos furiosos amantes del camuflaje.

Por eso, para que disfrutéis bien de la «Experiencia *Orígenes secretos*», os pido un favor. Olvidad todo lo que he dicho.

Esto es una novela negra como todas las demás. Nada de especial.

Misterio. Sangre. Muerte. Miedo. Asesinos. Esto es España, así que relajaos, que aquí no hay trajes chillones.

O sí.

2. 超サイヤ人 (**Super Saiyajin**)

Escribiendo este libro quise encontrar algo parecido a un estilo. Creo que durante el proceso iba buscando tímidamente mi voz y en algún momento, a la altura del capítulo tres, me quité los ruedines y empecé a hacer virguerías con la bici. O a intentarlo patosamente, vaya. Me sentí como cuando sales a un escenario a dar un discurso, a cantar o lo que sea. Subes cagado de miedo, temiendo balbucear o que se te quede la boca seca, pero si aguantas sin derrumbarte ahí arriba los primeros cinco minutos, de golpe todo va bien y controlas la situación. Jorge Elías diría que en ese momento «se te pone el pelo amarillo y te conviertes en Super Saiyajin».

El caso es que a lo largo de la escritura de esta historia hice algunos hallazgos de forma que acabaron conformando algo parecido a «el estilo de *Orígenes secretos*». Del que más orgulloso estoy es de cierta prosopopeya cuando hablo de Madrid.

Lo cierto es que una de las frases más repetidas cuando alguien analiza una novela *noir* es: «la ciudad es un personaje más». Ya sea Nueva York en los setenta o Barcelona en los años veinte, si la novela es buena, no falla, la crítica incluirá la sentencia «la ciudad es un personaje más».

Pero después de leer varias novelas negras, me dio la sensación de que aquella era una frase manida, muy socorrida para rellenar una reseña pero que era bien extraño leer una historia en la que la ciudad fuera realmente «un personaje más». Ahora bien, la idea era cojonuda.

Decidí tomármelo literalmente. Por eso en *Orígenes secretos* Madrid es el sujeto de muchas frases. Madrid despierata, ríe, sueña. Madrid tiene ojos, pulmones y manos con dedos. Fue una apuesta arriesgada, pero me consta que «los incisivos de Madrid» son la parte más celebrada de esta narración.

Con el tiempo lamenté que la novela no empezara con uno de esos textos que jugaban con Madrid personificada. Igual que el que sube al escenario desearía haber tenido la destreza con la que acabó la canción, cuando soltó aquel gallo nervioso en la primera estrofa.

Por suerte, yo tengo una nueva oportunidad para empezar. Si queréis leer esta novela tal y como fue publicada en su día, pasad al capítulo uno sin más dilación. No os vais a perder nada. Pero si me dejáis enmendar mi error, aquí está el capítulo cero de *Orígenes secretos*. Y como habla de

una ciudad de verdad, se titula como una ciudad ficticia: «Arkham».

0. ARKHAM

No es fácil saber quién eres, si eres Madrid. Lo extraordinario podría sucederle a cualquier otra ciudad y, sin embargo, le sucede a ella. Por qué será.

Quizá porque es la mejor ciudad del mundo. O porque es la peor. Es la que expulsó a los neonazis de Tetuán y también la que expulsa a las familias de Lavapiés si no pueden pagar el alquiler. La del Banco de España y la del Pozo del Tío Raimundo. La del Club de los Poetas Violentos de Ascao y la de los Hombres G de La Guindalera. La de la Carrera de Tacones de Chueca y las corridas de toros de Las Ventas. La del Museo del Prado y también la de Telecinco.

En inglés «Mad», significa «loco» y «Rid» significa «eliminar, librarse, deshacerse». O sea que un británico amante de los juegos de palabras podría pensar que *MadRid* es el lugar en el que nos libramos de los locos. Un asilo o un manicomio quizá.

Pero a Madrid la bautizaron los musulmanes, no los anglos. Y la llamaron *Mayrit*, que significa «arroyo madre», «matriz». Agua. «Fui sobre agua edificada...» fue su primer tatuaje en el culo, si podemos considerar así al lema de sus blasones.

Por eso Madrid fluye y se cuele por las rendijas. Madrid te llueve encima. Se condensa. Se evapora. El Madrid de hoy se parece tanto al de mañana como el agua de un río

se parece al agua del río de ayer. Todo y nada. Imaginad cada día en el espejo un mismo rostro siempre distinto. Intenta librarte de esa locura.

Por eso, no es fácil saber quién eres, si eres Madrid.

Pero si andas por sus calles, Madrid sí sabe quién eres tú.

**ORÍGENES
SECRETOS**

Acción

Madrid, hoy.

—¡Arriba, machote!

Unas persianas suben, sonoramente, dejando entrar la luz del sol en una habitación llena de estanterías de cómics y muñecos. Partículas de polvo flotan por la estancia en una proporción que solo se ve en trasteros y bibliotecas. Este lugar tiene un poco de ambas cosas.

—Ponte el traje y sal a hacer de este mundo un lugar mejor —dice el hombre que ha abierto la ventana, y que se marcha sin esperar respuesta, como si fuera un ritual mil veces repetido y supiera que nunca la hay. A no ser que valga como respuesta un leve gruñido.

La luz natural es tan molesta en este hábitat como lo era para los vampiros de La Teta Enroscada al final de *Abierto hasta el amanecer*. Por lo menos eso piensa Jorge Elías, que

está tirado en la cama como si hubiera estado luchando con ella y hubieran quedado en tablas.

Jorge se despega de las sábanas, lleva una camiseta de *Silver Surfer* y está en calzoncillos. Está gordo, las cosas como son. Tiene la boca seca y busca sus gafas de pasta en la mesilla. Es una habitación con dos camas, pero es obvio que en la que tiene enfrente no ha dormido nadie desde hace mucho tiempo porque encima de ella hay varias pilas de cómics y libros (como si fuera una repisa más).

Sentado al borde de su cama, Jorge trata de recordar el sueño que estaba teniendo. Está bastante seguro de que en él llevaba un sable láser y estaba rescatando a una chica con las tetas muy grandes... y aparecía Alan Moore para ayudarle, sí... maldita sea, era un sueño que molaba. Pero no, ha tenido que venir «Don Ponte El Traje Y *Blablablá*» a despertarle como si se acabara el mundo. En fin. Jorge coge una botella de plástico con agua que hay tirada por el suelo y bebe el culín que queda. Se pregunta qué día de la semana es, para saber si tiene que ducharse. Una vez cada dos días es suficiente, que si no, le quitas su capa protectora a la piel y tampoco es bueno. Es una mierda que leyó en una *Quo* y que le dice a su padre cuando este le dice *que se meta en la ducha o no le lleva a la tienda*.

Su padre es Cosme Galiardo, un hombre espigado, de aspecto venerable. Lo de venerable quizá sea por sus canas y su nariz, que le dan un aire a Ian McKellen, lo mismo da que penséis en Magneto que en Gandalf, o quizá por su voz de Fernando Fernán Gómez. Está en la cocina preparando el desayuno para su hijo, unas tostadas y un colacao, y tomándose el suyo, un café solo. Qué hombre más clásico.

Jorge Elías entra en la cocina, medio grogui y *ecce homo* entero. Además, sigue sin pantalones. Coge su taza y se sienta en la mesa. Sin probar la leche ya estima que no hay suficiente «sustancia» y se echa otro par de cucharadas de Cola Cao. Cosme ya se lo sabe, por eso se los hace «cortos» para compensar. Probó a cargárselos más, pero igualmente Jorge echaba dos cucharadas más. Como si lo importante del asunto fuera dejar claro que no estaba bien hecho y no la proporción de chocolateo de la leche. No tiene muy buen despertar Jorge.

—Papá, si puede ser, no vuelvas a decir lo de «ponte el traje y sal a hacer del mundo un lugar mejor», que no tengo ocho años y la última vez que me puse un traje fue el de la comunión.

—Es la frase...

—«Con la que nos despertaba mamá» —interrumpe—. No me digas, se me había olvidado.

—No sabía que te molestara.

—Te lo digo todos los días, pero no me escuchas.

—A Javi le gustaba.

—Ya lo sé: mi hermano era un *Gryffindor* y yo soy un *Slytherin*. Aclarado el tema, busca otra frase. Hay muchas: «abre los ojos», «quinto levanta, tira de la manta», «Monica Bellucci ha venido a desayunar y quiere que le hagas un hijo sobre la encimera», no sé...

—¿Qué te parece «cómprate un despertador»? —Cosme se levanta y se marcha de la cocina, harto de tanta tontería de buena mañana.

—Original, pero con poca chicha, papá. Tú puedes hacer algo mejor —concluye Jorge, que es de esos hijos sabiondos que siempre tienen que decir la última palabra.

Adorables con cinco años, pero que estrangulabas con treinta y cinco castañas que tiene ahora «el niño».

Javier no era así. Por lo menos no lo dirías mirando las fotos que hay en un mueble cercano. El hermano de Jorge Elías parece una versión joven de su padre en esas fotos. Solo que más fuerte. En varias, Javier está vestido de GEO, posando. Hay demasiadas fotos de él como para que ese mueble no sea lo que es: un mausoleo. Jorge Elías solo aparece testimonialmente en dos fotografías. En una está solo, con birrete y banda de graduación azul celeste. Es la foto de su orla. Y en otra, con su padre y su hermano, llevando el casco de GEO de Javier como si fuera un sombrero, para disgusto de Cosme, que ya entonces no tenía paciencia para sus bromas. Por suerte, ambas fotos están bien tapadas por las demás.

El coche de la familia Galiardo circula por el centro de Madrid, por las estrechas calles cercanas a la plaza de la Luna. Está apenas un par de calles más allá de Gran Vía, y a la vez, en otro mundo. Un lugar en el que prostitutas de sesenta años conviven en armonía con una comisaría de diseño moderno, hay un gimnasio para ejecutivos en el ático de un cine abandonado, cuya terraza se convierte por las noches en bar de copas, y chinas con carritos de la compra venden cervezas y bocadillos húmedos (no preguntes). Pero son las nueve de la mañana de un lunes que amenaza lluvia, y eso hace que cualquier calle parezca una más, incluso las que son tan especiales como esta.

Conduce Cosme, como siempre. Aunque Jorge tiene carné. Cosme le obligó a sacárselo cuando tenía dieciocho años. Ganó esa guerra pero nunca pudo hacer que le gus-

tara conducir. *A un hijo puedes meterle la cuchara en la boca, pero no puedes obligarle a tragar.*

—¿Qué tal pinta tu última semana? —pregunta Jorge Elías, por romper el silencio.

—No será la última, les han denegado cubrir mi plaza hasta el año que viene, así que me necesitan allí.

El coche se detiene frente a un escaparate colorido, una tienda de cómics llamada Planeta K.

—Bueno, cuando te larguen, que sepas que yo te necesito en la tienda, hay partidas de Magic que se salen de madre y a mí me da miedo usar ese cacharro que da descargas eléctricas que me compré por internet.

Cosme no quiere dignificar la oferta con una respuesta, y además supone que *ese cacharro que da descargas* es algo de lo que su hijo ya le ha hablado con anterioridad, pero, como suele desconectar de sus parrafadas para mantener la cordura, no tiene ni puñetera idea de qué está hablando. Por suerte ya es un experto en que eso no se note.

—Anda tira, que me vas a hacer llegar tarde otra vez.

—Dame un beso, cascarrabias. —Jorge da un beso a su padre, se baja y empieza a abrir su tienda. El coche de Cosme se marcha cuando empieza a chispear.

Cosme entra cerrando su paraguas en un portal cerca del Mercado Maravillas, en Bravo Murillo. Un barrio de españoles muy viejos e inmigrantes muy jóvenes, la sal y el azúcar de Madrid, por así decirlo. Los edificios son de la edad de los vecinos españoles, como demuestra este rellano sin ascensor y escaleras de crujiente madera. Hay varios policías en el rellano, Cosme pasa a través de ellos con cierta prisa.

El que parece al mando habla por el *walkie talkie*, con mucha educación.

—A ver, si no es mucha molestia... ¡Que venga el juez de una puta vez! Me *cagon* la puta de oros y en la madre que me parió. —El policía sigue rajando, sin dar ocasión a quién sea con el que hable, de meter baza.

Otro agente está entrevistando a un chico joven sentado en los escalones, que parece muy afectado.

—La ha destrozado... era mi mamá y la ha destrozado... —repite sin parar, balanceándose adelante y atrás, en shock. El policía trata de calmarle.

—Tranquilícese, ahora podrá subir a recoger sus cosas y le llevaremos con el psicólogo, ¿de acuerdo?

El jefe repara en Cosme cuando este iba a subir por las escaleras e interrumpe su conversación por radio.

—¡Cosme! El nuevo está arriba trasteando. Mira a ver, anda.

El nuevo, piensa Cosme. Un inspector de policía de 66 años al que amenazan con la jubilación forzosa debería sentir rechazo por conceptos como ese. *El nuevo*. Como si inmediatamente él pasase a ser «el viejo». El que no sirve. El modelo antiguo. Algo que hay que tirar y olvidar mientras se desembala la versión moderna. Pero esos pensamientos son para gente peor que Cosme Galiardo. A Cosme Galiardo solo le vienen a la cabeza recuerdos de él mismo recién llegado a la comisaría, con su mujer en casa leyendo algún libro, en aquel piso ridículamente minúsculo de La Latina, no sabe por qué cuando piensa en aquella época siempre la ve embarazada. Será porque nunca estuvo más guapa o porque nunca la quiso más. Trabajando

todo el día para que no le faltara de nada a su familia y llegando a casa demasiado tarde como para ver despierto a ninguno de sus miembros. No. Cosme Galiardo no es el tipo de gente que pone la zancadilla a los que empiezan. Es de los que rechazan ascensos para seguir protegiendo desde abajo a los cachorros. Tal vez, viéndoles a ellos, ve Cosme a su versión preferida de sí mismo. Como cuando miraba a Javier.

Cosme llega a una cocina teñida de rojo. Hay dos cuerpos en el suelo, en un charco de sangre, y aún así el olor predominante es a fritanga. Es de esa clase de cocinas, con azulejos con sabor a empanadillas y bombona de butano. Los dos cadáveres, blanquecinos por el desangrado, son un hombre bajito y peludo, y una mujer muy voluminosa. Él sostiene un gran cuchillo de carnicero y tiene el cuello cortado de parte a parte. Ella tiene decenas de cortes por todo el cuerpo, con tantos tajos que su piel parece estar llena de códigos de barras.

Frente a las víctimas, tomando notas en una pequeña libreta, hay un joven que rozará la treintena. En buena forma física y vestido con traje. Uno diría que es demasiado joven para ser inspector, demasiado guapo para ser policía y demasiado elegante para ser hetero. Pero sí a todo.

—Inspector Cosme Galiardo —se presenta.

—David Valentín.

Se dan la mano.

—He llegado hace un rato, así que he empezado a tomar declaraciones y tal. Ahora estaba con los cuerpos.

—Bien hecho. Disculpa el retraso, he tenido que llevar a mi hijo al colegio.